



Lalo Sardiñas en la Sierra Maestra.

habían combatido en Purialón. Previendo que la rendición sería acordada esa noche, mi intención era partir de allí al amanecer hacia La Plata con una parte del personal, el que participaría en las próximas acciones en la zona de Santo Domingo, mientras que otra parte marcharía en dirección a Mompí para intervenir en el cerco y la captura de la tropa enemiga acampada en las Vegas de Jibacoa.

Por intermedio de Curuneaux, Quevedo me avisó que a las 6:00 de la tarde subiría a entrevistarse conmigo para tramitar la rendición, y me pidió que le mandara dos caballos en los que

podieran hacer el ascenso él y el doctor Wolf, el médico del batallón. En respuesta a esta petición, a media tarde envié a Aguilera al campamento enemigo con dos mulos y un poco de comida, y a la hora convenida bajé al encuentro del antiguo compañero de estudios.

La conversación fue cordial. A Quevedo se le veía exhausto, pero aún hacía esfuerzos por mantener una apariencia animosa. Le expliqué pormenorizadamente todo lo ocurrido desde el inicio de la batalla, y mi convicción de que la resistencia de la tropa sitiada era inútil, pues después de la destrucción de los dos refuerzos su suerte estaba

decidida. Finalmente aceptó la rendición sobre la base de las condiciones que le propusimos que, en esencia, consistían en garantizar la integridad física y la atención médica del personal herido o enfermo, entregar todos los prisioneros —salvo el jefe del batallón— a la Cruz Roja Internacional lo antes posible, algo que ya veníamos haciendo, y recoger todas las armas, excepto las cortas de los oficiales. Quevedo se comprometió a discutir estas condiciones con sus oficiales subalternos y hacerme saber una respuesta definitiva esa misma noche.

La batalla había terminado antes de que se pactara oficialmente la rendición de la tropa sitiada. Aún Quevedo y yo conversábamos, y ya un grupo de guardias había subido a nuestras posiciones a cocinar para sus compañeros. Rebeldes y soldados se mezclaban en el campamento enemigo. Alrededor de la medianoche yo mismo bajé y me metí entre los guardias, lo cual no dejaba de ser una imprudencia, pues todavía en ese momento todos conservaban sus armas. Estuve allí un buen rato conversando con ellos y no ocurrió el más mínimo incidente.

No fue sino hasta cerca del amanecer cuando comenzó la recogida de las armas y el resto del botín de guerra. La carga resultó ser tanta que hubo que mandar a pedir las arrias de mulos de la tasajera de Jiménez para poder transportarla.

En total, se ocuparon 158 armas, incluidas dos ametralladoras de trípode calibre 30, una bazuca, un mortero de 81 milímetros y otro de 60, además de parque abundante para todas ellas y granadas de mano. El balance total de las armas ocupadas durante toda la batalla era de 249.

En cuanto a los prisioneros, en Jigüe se rindieron 146 guardias. El total, contando a los capturados durante toda la batalla, ascendía a más de 240 hombres, de ellos cerca de 30 heridos. El conteo tentativo de bajas enemigas mortales fue de 41 muertos.

La mayoría de los prisioneros salieron junto con el personal rebelde hacia la zona de La Plata; otros habían sido enviados a la casa del colaborador campesino Santos Pérez, en Jigüe Arriba, donde permanecían también algunos heridos de combates anteriores. La intención era que todo este personal enemigo prisionero fuese entregado en las Vegas de Jibacoa el día 22, fecha acordada finalmente con la Cruz Roja.

Por la parte rebelde, como resultado de las acciones, tanto en Jigüe como en Purialón, tuvimos que lamentar la muerte de seis compañeros: Andrés Cuevas, Teodoro Banderas, Roberto Corría, Eugenio Cedeño, Víctor Acosta y Francisco Luna. Otro pequeño número de combatientes habían recibido heridas de poca consideración, entre ellos Pedrito Miret. Al día siguiente de la rendición, durante el traslado del personal hacia la zona de La Plata, murió como resultado de un tiro escapado, un séptimo rebelde: Luis Enrique Carracedo.

Tal como previmos, al amanecer del lunes 21 de julio emprendimos la marcha hacia La Plata. Conmigo caminaba, en el centro de la larga columna rebelde, el comandante Quevedo y su ayudante personal, un cabo de apellido Camba, quien insistió en quedarse junto a su jefe. Esa noche acampamos en el hospital de Martínez Páez, cerca de la Comandancia de La Plata. Al día siguiente, Quevedo continuó en dirección a la cárcel de Puerto Malanga, pues me manifestó su doble interés por saludar a los guardias allí prisioneros y conocer el lugar cuya ocupación había sido el objetivo concreto de su misión en la Sierra Maestra. Yo seguí camino hacia la Comandancia, adonde llegué en la tarde del martes 22 de julio.

La noticia de la rendición del Batallón 18 y de la aplastante victoria rebelde en Jigüe fue anunciada finalmente por Radio Rebelde el 23 de julio. Al día siguiente, los locutores de la emisora leyeron el parte de guerra redactado por mí en La Plata, en el que se hacía el balance pormenorizado de la batalla.

Terminaba así una de las acciones decisivas de toda la guerra. A partir de Jigüe, ya no me quedaba duda alguna del desenlace de la ofensiva enemiga e, incluso, de la derrota relativamente cercana de la tiranía.

(Continuará)